

Ninguna o todas: Borges y las versiones de un texto



.....
| Por los traductores públicos Julieta López Bárcena y Horacio Mullally,
integrantes de la Comisión de Traducción Literaria y Editorial

A cuarenta años de la muerte de Jorge Luis Borges, su obra continúa generando nuevas lecturas y debates. Entre los múltiples aspectos que despertaron el interés de críticos y especialistas, sus reflexiones sobre la traducción ocupan un lugar singular. Más allá de su labor como traductor, Borges dedicó numerosos ensayos a pensar los alcances, los límites y las posibilidades de la traducción literaria. Algunas de las preguntas que formuló hace casi un siglo siguen interpelando a traductores y lectores en la actualidad. Una de ellas resulta especialmente provocadora: ¿puede una traducción ser mejor que el original?

Borges dedicó buena parte de sus reflexiones sobre la traducción a cuestionar algunas ideas que suelen darse por sentadas. Entre ellas, la creencia de que toda traducción es necesariamente inferior al texto original.

Sus primeras reflexiones al respecto pueden encontrarse en «Las dos maneras de traducir» (1926). En este ensayo distingue dos tendencias principales: la traducción literal y la traducción perifrástica o libre. La primera procura conservar las particularidades del texto de partida y se vincula con una concepción que privilegia la figura del autor. La segunda, en cambio, otorga mayor importancia a la obra y busca recrear sus efectos literarios mediante los recursos propios de la lengua de llegada.

Más que presentar dos técnicas de traducción, Borges utiliza esta distinción para reflexionar sobre dos maneras de concebir la literatura. La oposición entre traducción literal y traducción perifrástica remite a una tensión más amplia entre la fidelidad a las particularidades del autor y la recreación de los efectos estéticos de la obra. De este modo, la traducción deja de entenderse como un simple traslado entre lenguas para convertirse en una práctica de interpretación, en la que cada decisión implica una determinada lectura del texto original.

Algunos años más tarde, en «Las versiones homéricas» (1932), Borges retoma estas inquietudes desde una perspectiva diferente. Al analizar distintas traducciones de Homero, se pregunta cuál de ellas puede considerarse

fiel al original. Su respuesta es tan breve como sorprendente: «¿Cuál de esas muchas traducciones es fiel? [...]. Repito que ninguna o que todas». Con esta afirmación, pone en duda la existencia de una única manera correcta de traducir y propone pensar las traducciones como diferentes lecturas de una misma obra.

Así, el centro de la discusión se desplaza. Borges deja de centrarse en la oposición entre distintos métodos de traducción y comienza a interesarse por la diversidad de versiones que puede generar una misma obra. Las diferencias entre las traducciones ya no aparecen como errores o desviaciones, sino como posibilidades legítimas de lectura y reescritura: «El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio». A través del análisis de distintas traducciones de Homero, muestra cómo cada traductor privilegia ciertos aspectos del texto original y, al hacerlo, produce una versión diferente de la obra. Desde esta perspectiva, las traducciones no compiten entre sí por alcanzar una fidelidad absoluta, sino que iluminan aspectos distintos del texto y contribuyen a mantenerlo vivo a través del tiempo.

A partir de estas reflexiones, la traducción deja de ser entendida como una actividad secundaria o derivada para convertirse en una forma de lectura y escritura en sí misma. Lejos de existir una única versión legítima de un texto, Borges sugiere que cada traducción construye su propio modo de decir y, con ello, abre nuevas posibilidades de sentido. En este marco, la idea de un original fijo y definitivo se vuelve inestable: lo que persiste no es una forma cerrada, sino una serie de reescrituras que actualizan la obra con los años. Traducir, entonces, no consiste simplemente en reproducir un texto en otra lengua, sino en participar activamente de su continua recreación. Quizás por eso la pregunta inicial sigue resultando tan provocadora: si cada traducción ofrece una nueva lectura de la obra, ¿hasta qué punto tiene sentido seguir pensándola como una versión necesariamente inferior al texto original?■